

# ***EL HOLANDES ERRANTE***

El holandés errante



La primera vez que vi a Rüdd Hanegem debió ser una de aquellas mañanas en que yo aprovechaba la media hora del café administrativo que me concedían cada día en la Subdelegación del Gobierno para lanzarme Rambla abajo en busca de algo que diera cierto sentido a mi vida. Desde hacía meses prefería explorar la vitalidad de la Rambla a compartir ese descanso diario con mis compañeros de oficina, que malgastaban esa media hora sentados en la terraza del selecto café Zurich, desgranando conversaciones frívolas y carentes de sentido junto a ociosos turistas y ejecutivos de éxito en situación de parada técnica. En aquellos paseos que solían llegar hasta el Liceo, y en los días más animados hasta las inmediaciones de Colón, me gustaba admirar el paisaje urbano que la ciudad brindaba, con sus colores y brillos, y a diferencia de los voraces japoneses, que tenían que fotografiarlo todo -desde los autobuses y taxis hasta los guisantes y las naranjas de la Boquería-, a mí me bastaba con el fognazo de luz proyectado desde el cielo sobre los kioscos de prensa, las paradas de flores y las docenas de estatuas humanas que jalonaban la Rambla.

La primera vez que vi a Rüdd Hanegem fue a la altura de Canaletas, lugar del que ya no se movería en los meses sucesivos, y fue dando vida al soldado de bronce, una de las estatuas humanas que mayor prédica tuvieron por aquél tiempo en la Rambla, tanto que algún avisgado fotógrafo trasladó con éxito su estampa a esas postales para turistas que se venden en los kioscos del gran paseo, y ello sin abonar derechos de autor. Hanegem tenía la cara y las manos de color bronce y el cuerpo arropado por el uniforme de esos soldados de las películas de Kubrick que odian la guerra, y cuando acababa con su complicada labor de maquillaje frente a un pequeño espejo, se calaba el casco y se colgaba un par de enormes prismáticos a través de los que oteaba el comienzo del Paseo de Gràcia, en la confluencia con las Rondas, como si adivinara en lontananza un mundo mejor, sin miseria ni guerras. En ocasiones, debido a la rigidez que adquiría su cuerpo, dejaba escapar alguna gota de sudor que le bañaba la mejilla.

Yo pasaba cada día por allí, y en un discreto segundo término, detrás de los japoneses que se agolpaban haciéndole fotos y de los ingleses que, con un par de cervezas encima reían de no se sabe qué -los ingleses suelen llevar siempre un par de cervezas encima y reírse de cosas inexplicables-, le contemplaba unos segundos. Después dejaba una moneda de un euro sobre el cubilete de bronce que nacía a los pies del pedestal sobre el que se alzaba y caminaba Rambla abajo. Él, como si así quisiera agradecerlo, dejaba resbalar una gota de sudor sobre su mejilla y, con los prismáticos fuertemente adheridos a sus ojos, esbozaba desde sus labios una leve mueca sonriente. Cuando

volvía hacia mi trabajo de subida pasaba a sus espaldas, delante de casa Llobet, porque cierto pudor que aún hoy no me explico me impedía cruzar mi mirada con la suya dos veces en un mismo día. A las tres, cuando salía de trabajar y pasaba por Canaletas, la estatua del soldado de bronce ya no estaba allí.

Un día que salimos antes de trabajar debido a que esa semana la jornada laboral se redujo hasta las dos de la tarde -creo que a causa de la festividad de la Mercè- pude ver desde el semáforo donde muere la calle Pelayo y comienza la Rambla cómo Rüd Hanegem se disponía a recoger sus bártulos dando así por terminada la sesión de mimo de ese día. Me detuve en seco en el semáforo pese a estar en fase verde el monigote de los peatones y esperé a que Hanegem acabara su labor de recogida. Después, cuando enfiló Rambla abajo, seguí discretamente sus pasos. Tras girar por Pintor Fortuny y seguir por Peu de la Creu y Riera Alta, antes de desembocar en la Ronda de Sant Antoni, pude ver cómo se introducía en el viejo portal de una pequeña calle llamada Requesens, perpendicular a Príncipe de Viana. Como se puede comprender, ahí se acabó mi curiosidad, al menos por aquél día.

En días sucesivos seguí pasando delante de la estatua del holandés con total normalidad, dejando a sus pies el euro de rigor y recibiendo la tibia mueca sonriente del soldado de bronce. Un buen día acabé por decidirme a visitar aquel portal de la calle Requesens para saber algo más de Hanegem, de quien lo desconocía entonces todo, incluso su nombre. No había portero en la finca y la puerta estaba permanentemente abierta, y en el desvencijado cuadro de buzones apenas había cuatro apartados de los doce existentes con los datos de su titular. Una de esas excepciones, con una letra retorcida y hermosa, me reveló el nombre del tipo: Rüd Hanegem. No había duda, era él.

Aprovecharía un par de cafés administrativos de otras tantas mañanas, tras comprobar que Hanegem estaba en la Rambla consagrado a su quietud de estatua urbana, para volver a visitar el portal de la calle Requesens y averiguar algún dato más sobre el holandés. El segundo día me abordó un señor de edad con aspecto de jubilado que llevaba adheridos a su costado todos los diarios gratuitos que se distribuyen en la ciudad, y que me preguntó si se me ofrecía algo. Me había observado merodear por allí en jornadas anteriores y le había extrañado mi conducta. Le revelé que era un periodista de *La Vanguardia* que quería hacer un reportaje acerca de la estatua del soldado de bronce, *Pero como usted sabrá, las estatuas no hablan, así que puede que usted me cuente algo sobre él*, añadí. El anciano, un tipo simpatiquísimo, me dijo entonces que tal vez podría explicarme

## El holandés errante

algo frente a un par de copas de coñac. Y en un viejo bar de la calle Hospital me contó la historia de Rüdđ Hanegem.

El holandés había llegado a Barcelona de vacaciones con su mujer Liesbeth y su hijo Arie un par de años antes. Su esposa era enfermera y pertenecía a una ONG que desplazaba sus efectivos humanos a todos los lugares del planeta azotados por conflictos bélicos. A los tres días de estar en nuestra ciudad fue llamada por su organización para acudir a Kosovo a suplir a una compañera enferma; era cuestión de finalizar un programa de vacunaciones que la tendría en tierras balcánicas no más de dos semanas. Rüdđ era matemático pero se había quedado sin trabajo el mes anterior, con lo que decidió permanecer junto a su hijo en Barcelona hasta el final de sus vacaciones y reunirse con Liesbeth en Amsterdam veinte días después, haciendo coincidir el final de sus vacaciones con el de la misión humanitaria de ésta.

El holandés no pudo llevar a cabo sus previsiones porque el destino se rebeló contra sus planes. Su hijo Arie fue atropellado en la calle Aragón por un vehículo que se dio a la fuga y le causó un traumatismo craneal que le tenía en coma hasta el día que el viejo jubilado me relató la atroz historia. El niño fue ingresado en el Hospital de San Juan de Dios y sus padres decidieron que Rüdđ se quedara con él en Barcelona hasta que Liesbeth acabara su trabajo en Kosovo. Pero aún hubo más, ya que Liesbeth no pudo concluir su tarea: una tarde que regresaba junto a una patrulla de cascos azules en un camión, éste fue bombardeado por fuerzas rebeldes, muriendo todos sus ocupantes. Desde ese día Rüdđ hubo de buscarse la vida para sufragar la elevada factura que comportaba la estancia diaria de su hijo en el hospital.

Desde aquella mañana que el anciano me reveló la historia de aquél holandés errante ya no volví a pasear Rambla abajo durante la hora del café administrativo. Regresé a las aburridas tertulias de mis compañeros en el selecto café Zurich, lo que no me impedía contemplar desde Plaza Cataluña a Rüdđ Hanegem subido a su pedestal observando en lontananza con sus prismáticos. Entonces supe que lo que sus ojos imaginaban era un mundo sin guerras, y también supe que la gota que resbalaba por sus mejillas no era sudor producto de la rigidez de su cuerpo, sino amargas lágrimas tal vez debidas a su dolorosa angustia.

CARLOS DEL POZO